

---

# Tres Cuentos de JUAN ANDRADE HEYMANN

---



## TE DIRE QUI EN ERES

Desde joven, Jules Laffite, un hombre a una nariz pegado, se inclinó hacia la investigación. Su gusto y su deleite era rebuscar en bibliotecas, en polvorientos archivos y en donde le permitieran poner su mirada inquisitiva, hasta encontrar informaciones y detalles que desmintieran en cierta forma "hechos probados".

Sentía un enorme placer con cada descubrimiento y no se detenía ante nada para revelarlo al mundo civilizado de entonces (corrían los años del Segundo Imperio).

Vivía acuciado por algo que, sin duda, era más fuerte que él: por la curiosidad. Y ese cosquilleo averiguador no guardaba orden ni concierto: bien emprendía estudios históricos como científicos o de cualquier índole. Lo fundamental para él era estar en constante actividad, saltar de una materia a otra, evidenciar sus hallazgos, crear alguna conmoción pública y seguir adelante, como ave de presa o animal rastreador.

Por hoy, nos reduciremos a señalar unos pocos de sus éxitos:

—Probó que el Marqués de Sade

jamás existió. Sade nunca fue Marqués, sino únicamente Conde. Aquel fue un título inventado y éste, el auténtico, nunca fue reclamado por sus herederos, por muchas razones entendidas como de "prestigio". Jules, al difundir esta verdad, se ganó la animadversión de muchos "sádicos" franceses.

—Estableció que el Dr. Guillotine no fue el inventor del aparato decapitador que lleva su nombre, sino sólo alguien que contribuyó al perfeccionamiento del mismo. Jules encontró la carta original en la que el médico enviaba a Robespierre un diseño sugiriendo que la forma de la cuchilla, en lugar de ser horizontal fuese diagonal, por una serie de motivos anatómicos. En efecto, el Estado adoptó la innovación del Dr. Guillotine y el común popularizó el instrumento mortal con el nombre de aquel burgués gentilhomme. Ironía del "destino": poco después, el Dr. Guillotine murió guillotinado. Lógicamente, sus sucesores cambiaron de apellido.

—En otro terreno, Jules entró en debate con la Real Academia de la Lengua Española respecto a la palabra "perro". Inquiriéndoles acerca de su origen, los especialistas respondieron que, tras muchos esfuerzos, no habían logrado determinarlo. Estaba claro que no provenía del latín ("can", "cane", "chien") como en otras lenguas romances. Su procedencia era ignorada. Pues bien: Jules les envió un breve estudio con pruebas fidedignas, demostrando que la palabra "perro" tenía su raíz en una rama del vascuence, aquel de remoto uso en Labourd. Enojados

quedaron los sabios españoles!

—Jules entabló una querrela con el "Oxford Dictionary of Quotations" en referencia al poema más corto del mundo.

El "Oxford" reseñaba que el tal poema es uno intitulado "Sobre la antigüedad de los microbios" ("On the Antiquity of Microbes") y que consiste en tres palabras: "Adán los tenía" ("Adam Had'em").

Jules descubrió otro poema publicado en Sos del Rey Católico (España), en 1476, llamado "Quien mató al Comendador?" y que tiene dos palabras solamente: "Fuenteovejuna Señor".

Jules ganó la terrible disputa y se ganó también la enemistad de los eruditos ingleses.

Estimulado por 'estos triunfos (entre otros miles), Jules decidió dedicarse al estudio de la criminología.

Se encerró en sus habitaciones, leyó a todos los autores alemanes (maestros en el género) y, transcurrido algún tiempo, escribió su célebre axioma:

"Todos los seres humanos son capaces de asesinar si tienen un motivo para hacerlo".

Y lo sustentó con la compilación de 2682 casos de asesinatos premeditados.

Satisfecho de su arduo trabajo, viajó a París (con su nariz) para

organizar la revelación de su revolucionario descubrimiento.

Se alojó en el palacio de su tía, madame la condesa de Chateau-Latour, y, al revisar sus apuntes por la noche, no pudo conciliar el sueño.

Jules no pudo dormir más, pues de su célebre axioma se desprendía que, con tantos móviles como había creado con sus investigaciones; DEBIA SER MUERTO POR ALGUIEN.

Y se asegura que quien lo hizo fuiste tú, fabulador de candorosas, inocentes crueldades.

## **DISPARATE, ARMA CORTOPUNZANTE**

Caminaba yo por la calle XY, cuando me encontré con Guadalupe. Sus ojos verdes, muy grandes, tenían el brillo característico de quien ha llorado poco tiempo atrás. Es una muchacha de 22 años, de cabello castaño, enérgica cuando la situación lo requiere, dulce en otras ocasiones, de sonrisa franca y abierta.

—Ven, Guadalupe. Acompáñame. Tomemos un café.

—De acuerdo, vamos. Acabo de salir de una institución en donde solicitaban una empleada. Pero fue inútil. Veinte o cuarenta candidatas para optar por un sueldo miserable...Y fue seleccionada una chilena.

—¿Y la sociología?

—No sirve de nada. A nadie le interesa una graduada en estudios como ése. A menos que tengas "palan-

cas" y te valgas de mil artimañas para entrar a una entidad.

La cafetería tenía dos plantas, la segunda como "mezzanine", en donde nosotros estábamos. En ese momento vimos entrar a Pepe. Guadalupe le hizo señas y él subió apresuradamente.

Se aproximó a nuestra mesa, saludó conmigo y con su mujer, tomó asiento y de repente sacó un pistola.

Permanecimos impasibles, en silencio.

—Hermano —me dijo— No puedes hacer nada. Te estoy encañonando. O me compras la pistola o...moriremos de hambre.

## **¿DE QUE COLOR ERA EL CABALLO BLANCO DE NAPOLEON?**

Alexis, un niño moreno y menudo, vivaz, travieso, inquieto, audaz, cayó dormido después de un día sumamente agitado.

Vio en sus sueños a su padre, un hombre joven, vigoroso, delgado y reilón, amable y bromista, que le conducía de la mano hacia una estación de tren. El tren era antiguo, de la edad de piedra, con una gigantesca locomotora, rugiente, pintada de azul y rojo, que soltaba un tremendo penacho de vapor y el sonido de un silbato único, atronador, estremecedor, que infundía alegría. Subieron al tren y, traqueteando tranqueteando, cruzaron altas montañas, luego pasaron a través de selvas y

llanuras y por fin llegaron a un pequeño puerto costero, en la desembocadura de un gran río color chocolate. Alexis vio playas doradas, una extensión de agua inmensa, con olas igualmente enormes, que también rugían como queriendo apresarle o hablarle. Felizmente, cuando empezaba a tener miedo, allí estaba su padre, y él ponía su mano en la de ese hombre fuerte.

De pronto, del mar surgió un volcán, y era un volcán nevado.

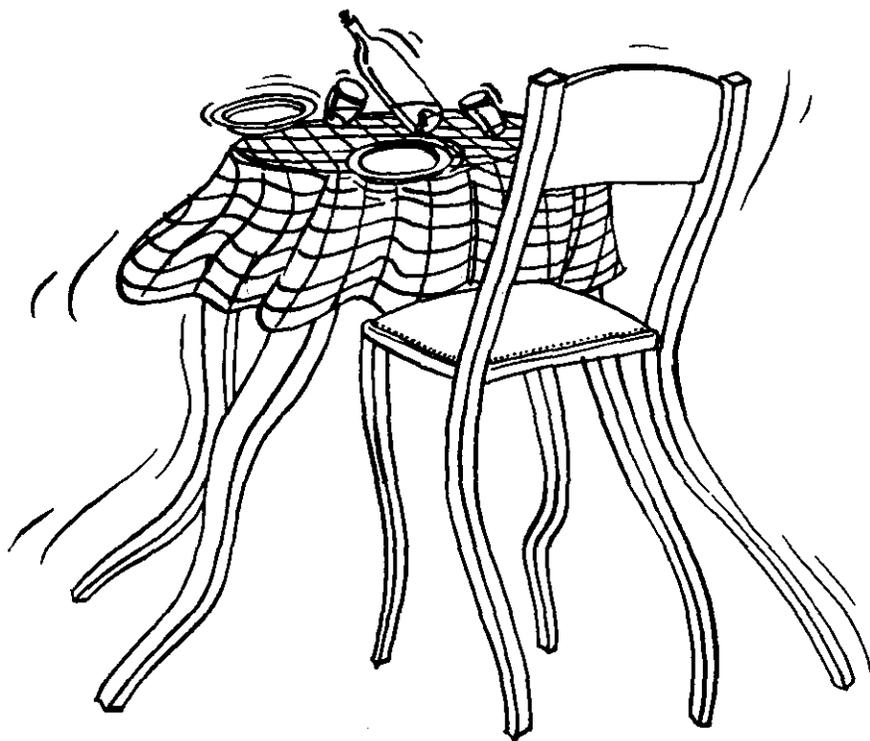
Del volcán salieron dragones, elefantes verdes, tortugas de esmeraldas, gallinas anaranjadas, go-

rrones tomates, caballos resplandecientes que trotaban por el agua, perros grandes, gordos y lanudos, gatos con bigotes como los del tendero, y una maravillosa ballena blanca.

El dragón más viejo usaba bastón y lentes, y tenía la lengua afuera. Se parecía a su abuelo. Daba pasitos de baile y decía:

—Yo nací en Zaragoza, aunque soy de Zaruma.

Luego su padre le subió a una embarcación y cruzaron el mar hasta llegar a una isla llena de cocoteros, con casas de caña, poblada de negros.



Al final de una senda se veía una especie de montaña, pero fijándose mejor, ¡era la ballena blanca!... Preciosas muchachas negras, desnudas, lo levantaron del suelo en sus brazos y lo besaron.

Sus caricias eran maravillosas, entre agradables e inquietantes.

El se sonrojó y les dijo que lo dejaran tranquilo.

Apareció después su abuelo y le dijo:

—Yo nací en Zaragoza, aunque soy de Zaruma.

El viejo prendió un aparato de radio, bailó con su dentadura que estaba a punto de salirse, se peinó y siguió claveteando un mueble de madera.

Su padre le tomó por la mano y, como por encanto, regresaron a Quito, a bordo de un gran barco con muchos mástiles y grandes velas infladas por el viento. Fueron a la imprenta en donde trabajaba su papá, escuchó el ruido de la máquina, que de pronto se transformó en la fabulosa locomotora. Luego apareció otro

niño, más grande que él, que le quería quitar la locomotora azul y roja para pintarla de blanco. Se fueron a los puños. Sintió dolor en una oreja y en sus manos, a pesar de que cuando quería pegar a su contrincante éste se esfumaba. Alexis estaba furioso, y se despertó.

—Alexis, levántate —le dijo su padre— Cómete un plátano y acompáñame.

—¿A donde vamos, papá?

—Al hospital, Alexis. Anoche murió tu abuela.

Alexis no comprendió nada. ¿Murió su abuelita? ¿Qué era eso? ¿Morir? Nunca antes había pensado que la gente también podía morir en la realidad, y no solamente en la televisión.

—Papá —le preguntó— ¿por qué murió tu mamá?

—Porque estaba muy enferma, hijo.

—Papá, ¿qué es la muerte?

—Nada. Es simplemente el fin, Alexis.

Hubo una larga pausa.

—Papá —preguntó el niño— ¿existió realmente la ballena blanca?

---

*Tomado de su libro "Sólo por esta Noche" (Montevideo, 1985)*